



**El viaje iniciático**  
**Ensayos para una autobiografía inconclusa**

María Teresa Uribe de Hincapié



# **El viaje iniciático**

## **Ensayos para una autobiografía inconclusa**

**María Teresa Uribe de Hincapié**  
(1940-2019)

- © Herederos de María Teresa Uribe de Hincapié, 2019  
© Gustavo Jaramillo, dibujo de cubierta  
© Universidad de Antioquia y Parque Explora, de esta edición

ISBN: 978-958-5526-38-9

Fotografías: Archivo familia Hincapié Uribe

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los propietarios de los derechos (comunicacionescultura@udea.edu.co)

*Este relato permaneció sepultado por muchos años hasta  
que Marta, mi hija menor, vino a preguntar por él.*

María Teresa Uribe de Hincapié

Les he tenido una suerte de desconfianza  
a los relatos de tono autobiográfico;  
me parecen un poco pretenciosos, sobre todo cuando se tratan  
como es el caso de personajes comunes y silvestres y cuando  
no vienen envueltos en el velo protáctico de la novela.



“Les he tenido una suerte de desconfianza  
a los relatos de tono autobiográfico;  
me parecen un poco pretenciosos, sobre todo cuando se trata,  
como en mi caso, de personas comunes y silvestres y cuando  
no vienen envueltos en el velo protector de la novela”.



## Una saga familiar

Hay historias que se quedan sepultadas por muchos años, pero que se mantienen ahí, al acecho, y que de tanto en tanto regresan a la memoria como para recordarnos que allí hay algo que debemos explorar, porque pueden entrañar las claves explicativas del transcurrir de la vida misma, de las decisiones que tomamos, de los rumbos inciertos y no siempre muy conscientes que le damos al destino; en fin, porque de alguna manera marcaron, para bien o para mal, lo que somos y, mejor aún, lo que hubiéramos querido ser.

Eso sucedió con esta historia, de tanto en tanto pensaba que debía escribirla algún día, pero me asaltaban muchas dudas.

Les he tenido una suerte de desconfianza a los relatos de tono autobiográfico; me parecen un poco pretenciosos, sobre todo cuando se trata, como en mi caso, de personas comunes y silvestres y cuando no vienen envueltos en el velo protector de la novela. La falta de tiempo, que también es una disculpa, fue otra razón. Ahora entiendo que no se trataba de eso, sino que no había llegado el momento de hacerlo, no era el tiempo; aunque, viéndolo bien, siempre me estuve moviendo entre las fronteras de esta historia, y mis temas de preocupación académica estuvieron referidos a los asuntos que me inquietaron desde la infancia, a los aconteceres que me tocó presenciar, a los relatos que escuché en la sobremesa, en las reuniones familiares o en las tertulias con los que conocieron a los abuelos y que habían oído algo de la saga familiar. Pero esos escritos tenían otro tono, el impersonal, estaban enmarcados en el rigor científico y en las exigencias de la investigación histórica y política; allí estaba yo y estaba la vida de mi familia, pero escrita con otros códigos y con esa racionalidad donde todo debe ser argumentado y las emociones escondidas para que no le quiten seriedad al texto. Quizá por eso este relato permaneció sepultado por muchos años hasta que Marta, mi hija menor, vino a preguntar por él.

Un cáncer de pulmón y una enfermedad inmunológica, producida por las células malignas del tumor, me ocasionaron serios problemas en la motricidad y algunas dificultades en la visión y en el habla, que cortaron de un solo tajo mi relación con la vida, al menos con la vida que había llevado hasta el momento, y me introdujeron de un solo golpe en el extraño mundo de los enfermos. Médicos, clínicas, quimioterapias, ojos compasivos que intentaban disimular su lástima, mensajes de ánimo de los amigos que no lograban ocultar un dejo de despedida y mimos domésticos cargados de diminutivos que me producían cierta irritación, pero que, al mismo tiempo, me confirmaban que me había convertido en un objeto en manos expertas, las unas, y cariñosas, las otras, pero ambas limitantes de mi libertad y mi individualidad.

En esas estaba cuando llegó Marta de Barcelona y, quizá al verme tan perdida, me insistió en que debía recuperar la escritura para llevar de mejor manera las horas largas de la soledad. Me tomó un tiempo decidirlo, pero recordé esa leyenda familiar que contaba cómo las personas no descansaban en paz hasta que “recogieran su vida”, es decir, hasta que

reconocieran las huellas de la memoria reconstruyendo con esos retazos el sentido y la orientación que le habían dado a su devenir. Quizá por deformación profesional pensé que una vida no es solo una aventura individual, sino el resultado de una historia colectiva, de la familia y del terruño, claro está, pero también del país y de los tiempos buenos y malos que vivieron los antepasados, de la herencia que recibimos y de la manera en la que ellos y nosotros enfrentamos la vida en un país turbulento y trágico como el nuestro. Pensé, finalmente, que esta era una deuda con mis hijos y con mis nietos y que la mejor manera de afrontarla era reconstruir la historia familiar en diálogo permanente con los aconteceres nacionales y regionales; esa suma de historias particulares, de tiempos distintos y de afanes contrapuestos sería el hilo conductor de un relato que no tiene otra pretensión que ayudarme a “recoger la vida”.

Creo que todo empezó cuando murió mi abuelo paterno, a quien no conocía y que, desde ese momento, se convirtió en una especie de héroe de mis sueños infantiles no solo por su figura atrayente y enigmática, sino por el entorno en el que vivió, por

las gentes que lo rodearon, por el paisaje que vieron sus ojos y que amó intensamente y por realidades desafiantes que significaron para mí “lo otro”, lo diferente, a veces lo prohibido, y que se situaban en los márgenes de la cultura tradicional en la que había vivido hasta el momento. Por esa razón quiero empezar este relato con su historia y con el viaje iniciático que emprendí para asistir a su entierro.

[...] esos escritos tenían otro tono, más personal, estaban enmarcados en el rigor científico y en las exigencias de la investigación histórica y política, allí estaba yo y estaba la vida de ese país, pero escrita con otras obligaciones y con esa racionalidad que de todo debe ser argumentada y las conclusiones resumidas para que no le quiten seriedad al texto. Quizá por eso este relato perteneció sepultado por muchos años [...]



“[...] esos escritos tenían otro tono, el impersonal, estaban enmarcados en el rigor científico y en las exigencias de la investigación histórica y política; allí estaba yo y estaba la vida de mi familia, pero escrita con otros códigos y con esa racionalidad donde todo debe ser argumentado y las emociones escondidas para que no le quiten seriedad al texto. Quizá por eso este relato permaneció sepultado por muchos años [...]”.



## El viaje iniciático

Ella estaba allí, de pie, en lo alto de la escalera de piedra que daba entrada a los corredores de la casa. Llevaba un vestido negro que dejaba ver una figura regordeta y de mediana estatura que yo, desde abajo, veía inmensa y un poco amenazadora. No conocía a mi abuela. No la había visto jamás. Nosotros vivíamos en Pereira, muy lejos de Uramita, y, aunque habíamos hablado mucho de viajar a conocer a los abuelos y la tierra de mi padre, siempre se atravesaba alguna cosa; además, yo era una niña muy frágil, asmática, de una delgadez enfermiza, casi siempre estaba resfriada, y mis papás pensaban que yo debía estar en mejores condiciones de salud para emprender un viaje que, en esa época, era largo y difícil. Pero la muerte repentina del

abuelo lo precipitó todo y, por fin, estábamos allá, en esa tierra mágica, dando principio a un viaje iniciático que marcaría mi destino para siempre.

Salimos en la mañana del aeropuerto de Cartago en un avión de Lanza, una pequeña empresa de aviación que fue absorbida poco después por el pulpo de los transportes aéreos, Avianca. En Medellín nos estaba esperando un carro, contratado especialmente para el viaje, pero las noticias no eran buenas. La noche anterior había caído un derrumbe monumental que se había llevado la banca de la carretera y el paso estaba interrumpido, incluso para peatones, pues resultaba muy riesgoso cruzarlo por la cantidad de tierra y de piedras que continuaban cayendo. No obstante, mi padre decidió seguir y salvar las dificultades a medida que se presentaran.

De modo que nos internamos por una carretera de montaña, estrecha, empinada, llena de curvas y de abismos profundos, una naturaleza agreste que a veces parecía cerrar el horizonte. Yo, que venía de los valles del Cauca y del Risaralda, de las hondonadas del Quindío sembradas de café y caña, más serenas

y amigables a la vista, me sentí agobiada por ese paisaje y, quizá, más pequeña e insignificante de lo que era. Me parecía que entrábamos a otro mundo, a un espacio nuevo y desconocido del cual yo ignoraba todo.

Cuando llegamos a Santa Fe de Antioquia, después de algo más de cuatro horas de viaje, en mi estómago no quedaba nada que vomitar. Nos detuvimos a comer algo, y mi padre insistía en mostrarme la belleza de la población y en contarme la historia de sus calles y sus plazas. Así supe que había sido la capital de Antioquia en la Colonia, en los primeros años de la República, y que guardaba en sus caserones de piedra buena parte de la tradición de esta región que empezaba conocer. En Santa Fe de Antioquia me sentí bien; por fin veía un referente conocido, se me hacía muy similar a Cartago y lo dije con algo de timidez, a lo que mi padre respondió que, si bien ambas ciudades tenían el sello colonial, Santa Fe aventajaba a Cartago en muchas cosas, en casi todas, y que eso lo debía tener presente siempre. Mientras él se encontraba con sus raíces, yo me adentraba en la otredad y la extrañeza.

A pesar de las penurias vividas hasta el momento, lo peor estaba por llegar. A pocas cuadras de la plaza del pueblo empezaba una carretera más tortuosa que la anterior, entrábamos en una cerrazón de montañas que parecían tocar el cielo, cuajadas de árboles centenarios que competían por un poco de sol y de aire y unas laderas bordadas de musgos y líquenes que rezumaban agua y daban al ambiente un color oscuro y frío. Solo de vez en cuando ese paisaje selvático se interrumpía por pequeñas aberturas en las que se podían apreciar casitas blancas, rodeadas de cultivos de pancoger, que desafiaban las leyes de la física para mantenerse en pie en las pendientes.

Después de un tiempo infinito, ya oscureciendo, llegamos al derrumbe. Mis ojos no podían creerlo: la carretera había desaparecido, y en su lugar quedaba un abismo que se perdía en las profundidades y un boquete de más de cincuenta metros; solo una pequeña franja de terreno pegada a la montaña permitía el paso, pero era tan estrecha que no podían tenerse los dos pies juntos al tiempo y cualquier desliz resultaba fatal. Los choferes de los camiones allí detenidos desaconsejaban intentar el cruce porque continuaban cayendo ramas y piedras.



“[...] una vida no es solo una aventura individual, sino el resultado de una historia colectiva, de la familia y del terruño, claro está, pero también del país y de los tiempos buenos y malos que vivieron los antepasados, de la herencia que recibimos y de la manera en la que ellos y nosotros enfrentamos la vida en un país turbulento y trágico como el nuestro”.

Por un momento, me ilusioné pensando que regresaríamos a Santa Fe de Antioquia, pero mi papá insistió en que debíamos intentar el paso. Él tenía urgencia de ver a su padre por última vez y así lo entendimos mi mamá, Aseneth y yo. Se hicieron los arreglos pertinentes, entre ellos la contratación de un carguero que debía transportar las maletas y también a mí, que estaba totalmente paralizada por el terror. Era un negro fornido y musculoso que con el movimiento de una sola mano me subió a su espalda, advirtiéndome que me pegara a su cuello, que cerrara los ojos y que no me fuera a soltar por nada del mundo. Así llegamos al otro lado, cuando ya era noche cerrada, pero aún faltaban horas de camino.

Pasadas las nueve de la noche entramos al poblado. Una filita de luces mortecinas anunciaban que, por fin, estábamos en nuestro destino. Casi a la salida del pueblo había una casa grande pintada de blanco, con puertas y ventanas de color café, que se destacaba por su tamaño e imponencia sobre las demás, muchas de ellas pajizas y casi todas de un solo piso. La casa estaba llena de gente, vestida de negro y con cara de acontecimiento. Me sentí perdida y muy asustada,

todos los ojos parecían mirarme con curiosidad y no sabía que hacer; en ese momento la abuela me cogió de la mano y me dijo sin preámbulos: “Mija, venga para que conozca a su abuelo”. Yo sentí que un frío mortal recorría mi espalda. ¡El muerto! ¡No quería verlo! Nunca había visto uno y en mis peores pesadillas siempre veía un cementerio con las tumbas abiertas... pero no tuve alternativa, la determinación de la abuela, las miradas de todos los presentes y, tal vez también mi terrible timidez, me impidieron manifestar alguna negativa y seguí a mamá Adela a la sala de la casa donde estaba el catafalco con el cadáver.

Solo tenía siete años, y, aunque era alta para mi edad, no alcanzaba a ver el cadáver que yacía dentro de la caja de madera. Alguien acucioso trajo un banquito y me subieron en él. Me había prometido cerrar los ojos, pero la curiosidad pudo más y vi un anciano de pelo canoso, de una lividez intensa y unos ojos entreabiertos que parecían mirarme. En ese momento sentí que el pecho se me cerraba, tenía dificultad para respirar y estaba al borde de un ataque de asma. Mi papá se dio cuenta de lo que pasaba y me sacó hacia el corredor. Tenerlo cerca con su mano sobre mi cabeza me hizo sentir

mejor. Me dijo: “No te preocupes, ya te va a pasar, eso te sucede siempre en lugares cerrados y con aglomeración de gente, recuerda que te da en misa... Quédate acá que hay más aire, yo ahora vengo por ti”.

Me senté en un pequeño banco de madera, tratando de regularizar la respiración, y en esas estaba cuando se aproximaron dos señoras con cara de aves de rapiña, me miraron de arriba abajo con mucha curiosidad y luego me preguntaron: “¿Vos sos la hija de Eduardo?”. Yo asentí con la cabeza, porque aún se me dificultaba hablar. Ellas se miraron y una le dijo a la otra: “Qué pesar, tan feíta, con lo linda que es la mamá, y el mono no está mal”, así le decían a mi papá en Uramita. Yo sentí como un golpe en el estómago y unas inmensas ganas de llorar, pero en ese momento una tercera señora intervino para salvarme y con tono imperativo les dijo a las otras dos: “¡Cómo se les ocurre decirle esas cosas a la niña!... ¡Mentiras, hija, usted es muy linda, no les haga caso a estas viejas que son muy envidiosas!”. Pero el mal ya estaba hecho, y, contra mi voluntad, las lágrimas rodaron por mis mejillas.

En ese momento, un acontecimiento excepcional llamó la atención de las aves de rapiña y, por supuesto, la mía. Varios buses, de los que llamamos escaleras, se cuadraron al frente de la casa. Venían llenos de gente con banderas rojas y coreando vivas al Partido Liberal. Se trataba de campesinos con ruanas y sombreros de paja, acompañados de algunas mujeres vestidas con largos pañolones negros; las aves de rapiña se miraron y una de ellas dijo: “Ya llegaron los indios de La Encalichada, ahora sí se va a dañar esto”. ¿Indios? Yo no conocía más indio que el que aparecía en la cajetilla de cigarrillos Pielroja, o a los culebreros que vendían específicos disfrazados de nativos del Putumayo, pero estos no tenían plumas, ni caras pintadas y, menos aún, vestían con guayucos tradicionales, como aparecían en mi libro de lectura: eran hombres y mujeres de pequeña estatura, figura cuadrada y piel cetrina que miraban de manera oblicua y no dejaban de agitar sus banderas rojas y de gritar consignas a su partido y a Lisandro Uribe, mi abuelo.

Yo no entendía muy bien qué estaba pasando; esto, más que un velorio, parecía una manifestación política como la que había visto un año antes, cuando el candidato liberal Gabriel



“Pensé, finalmente, que esta era una deuda con mis hijos y con mis nietos y que la mejor manera de afrontarla era reconstruir la historia familiar en diálogo permanente con los aconteceres nacionales y regionales; esa suma de historias particulares, de tiempos distintos y de afanes contrapuestos sería el hilo conductor de un relato que no tiene otra pretensión que ayudarme a ‘recoger la vida’”.

Turbay llegó a Pereira en campaña electoral y recorrió las calles de la ciudad en un convertible, acompañado por mi papá y otros miembros del directorio liberal. Los gritos de los recién llegados fueron respondidos por algunos de los que estaban adentro y, en pocos minutos, la casa hervía de consignas y de banderas rojas. Los indios se reunieron en el corredor y en las escaleras de acceso y luego, en silencio, y con el sombrero en la mano, fueron desfilando de uno en uno a rendirle el último homenaje a su jefe político de muchos años.

Los recién llegados abarrotaron aún más los espacios de la casa y yo parecía desaparecer entre una multitud que obstaculizaba mi visión y mi sentido de la orientación. Por unos minutos me sentí perdida y aterrorizada, hasta que oí la voz de mi mamá: “María Teresa, dónde estabas, te buscamos por toda la casa... Ven para que comas algo y te acuestes, que ya está muy tarde”. Entramos a una cocina enorme, negra por el humo de un fogón de leña que estaba en el centro, repleta de ollas y de cacharros de cocina, donde unas mujeres morenas, de pelo ensortijado, se afanaban despachando comidas para todos los asistentes. Una de ellas, de sonrisa amplia, me puso al frente un tazón

de caldo de pollo con una presa adentro, acompañada de una arepa desmesuradamente grande y me dijo: “Cómasela, niña, que debe estar hambrienta y cansada”. Yo miré el plato con desconfianza; no tenía ganas de comer, ese menú me producía una cierta repulsión, pero me sentía contenta y tranquila en ese lugar tan acogedor, lejos del drama que se vivía en el resto de la casa. Mi mamá, que estaba al lado, me dijo en voz baja: “María Teresa, no empiece a poner problema, estamos en una casa ajena y hay demasiada gente para atender...”. Mi papá, que sabía de mi desgano inveterado, se levantó de su silla y empezó a darme cucharadas de caldo. Solo fui a acostarme, cuando mi mamá se comprometió a hacerlo conmigo y a quedarse a mi lado hasta que amaneciera, pues me daba pánico el solo pensar en ese ataúd y en esos ojos entreabiertos que parecían mirarme. Debo haber dormido algunas horas, pero me desperté de improviso, sola, en una habitación oscura donde se oían los murmullos de la noche y la voz asordada de las gentes que pasaban hacia la cocina. Me levanté de un salto y tardé varios minutos en encontrar la puerta; me daba miedo salir, pero no podía quedarme allí, de modo que me aventuré por un corredor larguísimo, apenas alumbrado, por el que deambulaban

algunas personas vestidas de negro que se confundían con la noche. Estaba a punto de ponerme a llorar, cuando escuché la voz de mi papá que salía de una de las habitaciones más grandes de la casa; me aproximé con cuidado y me detuve en el dintel de la puerta, cuando me descubrió, me sonrió y me hizo señas con la mano para que fuera a sentarme sobre sus rodillas.

Desde allí, desde esa atalaya privilegiada, asistí a mi primera reunión política. Un grupo muy variopinto de personas se localizaba en círculo alrededor de mi papá. Señores muy bien puestos, campesinos de ruana y algunos indios de los que habían llegado en los camiones, insistían en que él debía regresar a su tierra para ponerse al frente del Partido que había quedado acéfalo por la muerte de Lisandro, el abuelo; comentaban que los liberales de la región estaban muy desorganizados después de la derrota electoral del año anterior, y que el nuevo gobierno los había despojado de sus puestos en las administraciones municipales, en la policía y como guardas de rentas. Además, corrían rumores sobre la persecución política que se desataría para alejar a los liberales de las urnas en las elecciones parlamentarias del año siguiente.

Había miedo en el ambiente; siempre he sido sensible para captar el miedo en los otros. Se decía que habían aparecido algunos cadáveres descuartizados en unas veredas alejadas de Dabeiba, que el aplanchamiento estaba al orden del día en otros municipios cercanos, y que era necesario prepararse para lo peor. Algunos pensaban que era necesario buscar apoyo en las autoridades nacionales del Partido para conseguir armas y defenderse; no se iban a dejar matar así, como conejos de monte. Otros, más cautos, preferían esperar un poco antes de meterse en una guerra de consecuencias impredecibles. Mi padre era de estos últimos; les decía, con su voz calmada y con acento magistral, que la violencia no tenía sentido, que era la peor de las salidas posibles, que debían utilizar medios pacíficos, acudir a las autoridades judiciales, manifestarse públicamente en contra de los atropellos, llamar a la cordura a los militantes y no ceder a las provocaciones de los contradictores que buscaban eso, precisamente, para justificar la represión y las persecuciones políticas. No sé a qué hora terminó la reunión, debo haberme quedado dormida, pero tuve la impresión de que soplaban vientos de guerra y de que un gran desastre se cernía sobre el país. Así fue; solo unos meses después, Jorge Eliécer Gaitán



“Creo que todo empezó cuando  
murió mi abuelo [...]”.

encabezaba en Bogotá la marcha del silencio para protestar por los asesinatos de liberales en todo el país, y para el año siguiente la nación estaba en llamas.

El día del entierro amaneció esplendoroso, un sol brillante iluminaba las montañas que adquirirían un color extraño, entre verde oscuro y violeta; el aire era claro y limpio, y el río, que había sentido rugir toda la noche, se desplazaba rápido por un pequeño cañón, entre montañas que parecían haber sido cortadas a pico por la furia de su corriente. El paisaje era hermoso pero amenazante, y parecía estar de acuerdo con la solemnidad del momento. Me pusieron un vestido blanco que detestaba, porque me hacía ver más huesuda y angulosa de lo que era, y unos zapatos de charol muy poco apropiados para la caminata que nos esperaba.

El entierro salió a las once en punto de la mañana. La casa y las calles aledañas estaban llenas de gente; podría decirse que todo el pueblo asistió al sepelio del abuelo. Adelante iba el ataúd, cargado en hombros por mi papá y otros notables pueblerinos, y rodeado de una guardia campesina con las banderas rojas

en alto; luego, los familiares, entre quienes me encontraba yo, y detrás, una muchedumbre silenciosa que se perdía en el horizonte. Pasamos de largo por la iglesia. No entramos. Pregunté la razón, y mi mamá, entre susurros, me contestó que la ceremonia iba a ser en el lugar del entierro. Todavía no sabía que asistía a un entierro laico, y que el abuelo nunca había gustado de sotanas, ni de prácticas religiosas. Dejamos el pueblo atrás, y nos internamos por un camino empinado y lleno de piedras que hacían difícil la marcha, particularmente a mí que iba con los zapatos más impropios para subir por la montaña. Mi caminar se hizo lento y nos fuimos quedando atrás, siendo sobrepasadas por las gentes que nos seguían. En sus rostros pude advertir lágrimas. Después de un buen rato, nos detuvimos en una pequeña hondonada de la ladera y allí entregaron el cuerpo del abuelo a la tierra.

¿Por qué no lo entierran en el cementerio? Le pregunté a mi mamá mientras descansábamos debajo de un árbol frondoso del camino. Ella me respondió que esa había sido su última voluntad; quería seguir oyendo el rumor del río y divisar los atardeceres sobre esas montañas eternas. En verdad, el

sitio era el balcón más privilegiado para observar ese paisaje tan abrupto y tan descomunal que se abría ante nosotros. Al regresar, mi papá advirtió algún desconcierto de mi parte por los avatares de la mañana, y me dijo: tu abuelo fue siempre un hombre bueno, creía en Dios y hasta era devoto de santa Ana; su problema fue con el clero, con los curas metidos en política que predicaban desde los púlpitos su odio y su intolerancia contra el Partido Liberal y contra aquellos que no seguían sus mandatos, repartiendo excomuniones a diestra y siniestra y hostigando en todas las formas a quienes no se doblegaban ante ellos. Recuerda siempre que la intolerancia y el autoritarismo son los problemas más grandes de este país.

Ese abuelo rebelde y liberal, amado por el pueblo raso y a quien empezaba a conocer apenas el día de su muerte, se convirtió de pronto en el héroe de mis fantasías infantiles, lo veía al frente de un ejército de indios y de desposeídos que luchaban por sus derechos y que dominaban los secretos de la montaña en su intento por evitar la persecución de sus enemigos. Siempre lo recordé así; así quedó grabado en mi memoria, aunque ese retrato no fuese muy fiel a la realidad. Por ese camino, por el

de la imaginación y la fantasía, por el impacto inicial y esa suerte de rechazo a la otredad, ese miedo a la diferencia se fue volviendo fascinación y, luego, algo que hoy podríamos llamar identidad. De alguna manera, supe que yo pertenecía a esa estirpe rebelde, que mis raíces pasaban por esa tumba sin cruz y sin nombre, perdida en la montaña, y que esa tierra en los márgenes de la cultura tradicional que, hasta entonces conocía, guardaba para mí muchos secretos y un saber excepcional que estaba destinada a develar.

Nos quedamos algunos días en Uramita y, por fin, pude conocer a mis tías, a mis primas y a una parentela inmensa que había llegado para el entierro. Me sentí querida y acogida por todos; yo era la más pequeña de la partida y los mayores decían que era el vivo retrato de mi bisabuela Adelaida Covaleda, la madre de Adela, mientras mi papá ocupaba su tiempo en convencer a la familia de que no podían quedarse allí, pues la temida violencia había dejado de ser una posibilidad para convertirse en un hecho cierto. Yo me pasaba caminando por la orilla de ese río caudaloso que me fascinaba, deambulando por las calles del pueblo y subida en los árboles



“[...] yo era una niña muy frágil, asmática, de una delgadez enfermiza, casi siempre estaba resfriada, y mis papás pensaban que yo debía estar en mejores condiciones de salud para emprender un viaje que, en esa época, era largo y difícil. Pero la muerte repentina del abuelo lo precipitó todo y, por fin, estábamos allá, en esa tierra mágica, dando principio a un viaje iniciático que marcaría mi destino para siempre”.

ancestrales de esa huerta inmensa que me permitían estar sola por un rato. Pero mi lugar preferido era la cocina, allí me sentaba por horas a escuchar las historias maravillosas sobre brujas y aparecidos que tenían para contarme las empleadas domésticas y una red de sirvientes y de agregados, como se les decía, que rondaban la casa grande.

Finalmente, se hicieron los arreglos pertinentes para el viaje de la abuela y otros miembros de la familia a Medellín, con mucha reticencia por parte de ellos. Se negaban a abandonar su tierra, sus querencias, el rumor del río y ese entorno maravilloso en el que habían vivido siempre. Les resultaba muy difícil abandonar la casa construida por mi abuelo con sus propias manos y con todo el amor del mundo, y para la abuela parecía impensable abandonar a las gentes que diariamente la buscaban para que los alimentara, los curara de sus enfermedades y les diera el cotidiano apoyo espiritual. De esta manera, pude apreciar el dolor del desarraigo, la tragedia del desplazamiento, lo que significaba para una familia como la mía irse a una ciudad que no tenía nada para ellos. Así se lo manifesté a mi papá, que al oírme se quedó mirándome con sus ojos claros

lentos de lágrimas y me dijo: “Ellos al menos tienen el dinero y las comodidades necesarias para vivir en la ciudad; piensa en los miles y miles de desplazados que llegan a los centros urbanos, sin recursos, sin conocidos y sin apoyos de ninguna clase”. A los pocos meses, la familia estaba en Medellín y no volvería nunca a su tierra.

Mientras el drama del desplazamiento inminente se vivía entre los mayores, yo me refugiaba en las historias mágicas de la cocina que podían ser tenebrosas para una niña como yo, pero menos angustiosas y lacerantes que las que se vivían entre los mayores abocados al desarraigo. Me fascinaban los cuentos de brujas y me los hacía repetir una y otra vez como aquel de una mujer vieja y sola que vivía a orillas del río, amiga de mi abuelo, que cuando el invierno y la lluvia incesante no permitían el paso hacia Frontino, volaba en su escoba hacia Tabladito, una estancia de caña, y la panela amanecía aún caliente sobre la mesa de nuestra cocina. O cuando el abuelo, en uno de sus pleitos, necesitaba un documento notarial que estaba en Medellín, pero la fecha de la audiencia no daba tiempo para traerlo, y ella lograba que el abuelo ganara.

También me contaban historias de fantasmas y aparecidos, de moribundos que antes de partir venían a despedirse de sus allegados y a darles recomendaciones sobre lo que dejaban pendiente, o de fantasmas que rondaban las casas viejas para señalarles a los vivos dónde habían enterrado las monedas de oro y así poder descansar en paz. También me contaban de los fuegos fatuos, esos resplandores nocturnos que aparecían en las montañas, la noche de difuntos y los viernes santos, y que indicaban el lugar en el que estaba enterrado alguien que había quedado sin sepultura.

Esas historias despertaban mi imaginación y me producían una mezcla de terror y emoción inexplicable. Se trataba de brujas amigables y de colaboradoras muy diferentes a la perversa madrastra de Blanca Nieves y a todas las de su clase relatadas en los cuentos infantiles que solía leer con avidez. El mundo de los muertos no parecía estar separado del mundo de los vivos, la magia no rompía con el orden natural de las cosas sino que estaba inserta en la cotidianidad de las personas y ambos órdenes coexistían sin estorbarse. Hoy pienso que esas historias abrieron mi mente a la imaginación y a la fantasía que

me permitieron pensar que todo era posible y que los relatos populares tenían un sentido invaluable para saber quiénes éramos y de dónde veníamos. Nunca más volví a Uramita, pero ese universo tan especial se me quedó grabado para siempre, casi podría decir que nunca salí de ahí y que, como en la noche del entierro de mi abuelo, sigo deambulando por esa casa inmensa, buscándole explicaciones a la violencia, al desarraigo, a la exclusión y al dolor de la humanidad, buceando en el pasado y tratando de reconstruir la historia nacional para encontrar las claves que nos permitan entender el presente y entrar, por fin, al futuro.

## Una coda

El destino de las personas no está marcado, se va tejiendo con materiales muy diversos, recuerdos, miedos, vivencias, esperanzas, desengaños, emociones de distinto signo, afectos e identificaciones: todos ellos van trazando sentidos en la ruta de la vida, no siempre lineales ni unívocos, casi nunca conscientes

y no todos con la misma intensidad y significación. Solo al final, en los tiempos largos de la soledad, es posible saber cuáles de ellos marcaron el devenir y por qué se escogen unas caminos en lugar de otros, en el amplio espectro de la vida de una mujer de clara mente.



“Ese abuelo rebelde y liberal, amado por el pueblo raso y a quien empezaba a conocer apenas el día de su muerte, se convirtió de pronto en el héroe de mis fantasías infantiles [...] por ese camino, por el de la imaginación y la fantasía [...] ese miedo a la diferencia se fue volviendo fascinación y, luego, algo que hoy podríamos llamar identidad”.

y no todos con la misma intensidad y significación. Solo al final, en los tiempos largos de la soledad, es posible saber cuáles de ellos marcaron el devenir y por qué se escogen unos caminos, en lugar de otros, en el amplio espectro de la vida de una mujer de clase media.

Hoy pienso que la relación con mi padre y, a través de él, con la estirpe de los abuelos, está en la raíz de mis preferencias intelectuales, de mis búsquedas incesantes, de mi vocación como maestra e investigadora, así como de la necesidad acuciante de desentrañar las razones y sinrazones de la violencia y del terror, de las falencias de la democracia, de las desigualdades y las exclusiones. Cuando llegué a la Universidad de Antioquia como profesora de Sociología, en el año 1973, supe que ese era mi lugar, que solo la universidad pública me permitiría encontrar el sentido de mi vida y el de la sociedad que me tocó vivir. Solo espero que los estudiantes que pasaron por mis aulas, los que me escucharon en las conferencias o leyeron mis textos, hubiesen encontrado claves para seguir buscando y alicientes para continuar este camino incierto de la investigación política.



## De Envigado a Uramita

Mi abuelo Lisandro Uribe nació en Envigado; debió venir al mundo en la sexta década del siglo XIX, según mis cuentas. Para la época, esta población situada al sur el Valle de Aburrá era un idílico lugar rodeado de montañas cuajadas de bosque primario, con abundantes fuentes de agua que bajaban por las vertientes de la Cordillera Occidental y pequeñas y medianas propiedades agrarias donde se cultivaban los productos de la tierra que eran vendidos en Medellín, capital del Estado de Antioquia que, a la vez, era el principal mercado para abastecer la intensa minería que se desplegaba por los ríos y las quebradas del Norte y del Nordeste del Estado; al menos así la describió don Carlos Segismundo de Greiff, unos años antes del nacimiento del abuelo.

Se trataba de un poblado pequeño de casas pajizas, con algunas residencias solariegas que le daban un cierto aire señorial. En una de estas casonas vivió la familia del abuelo, aunque a su llegada ya no se contaba con el esplendor y la riqueza de otros tiempos y quizá por esa razón él se vio obligado a migrar hacia el Occidente, años después. El poblado tenía una plaza central adonde llegaban y de donde partían los principales caminos que unían a Envigado con Medellín y con las localidades vecinas, tal como lo mandaban las Leyes de Indias. Siguiendo las indicaciones exhaustivas de la reglamentación, la iglesia parroquial debía estar situada en la plaza, mirando hacia el oriente y desde ese lugar de referencia partía el trazo ortogonal de las calles y las carreras: además de la iglesia, el más importante edificio del poblado, en la plaza estaban el cabildo y otras oficinas públicas como la notaría y el cuartelillo, las principales tiendas de abastos y las casonas de los notables pueblerinos. La plaza era el escenario privilegiado de la vida local; allí tenía lugar el mercado público todos los domingos, era el lugar de encuentro de sus habitantes, las comadres hablaban de sus cosas a la salida de la iglesia en las mañanas, los señores comentaban las noticias de la política paseándose lentamente por el atrio y por las esquinas aledañas, cuando por las tardes

cerraban sus negocios. Los jóvenes, por su parte, visitaban la plaza para encontrar sus miradas con las del sexo opuesto, en un rito de seducción tan viejo como la humanidad.

La principal actividad económica del poblado era el comercio, pero se destacaban también la tala y el mercado de maderas, de vigas sacadas de los samanes, de los falsos laureles y del cedro negro, abundantes y de tamaño considerable que se daban en los bosques cercanos al pueblo. Las vigas eran utilizadas para la construcción de viviendas, puentes, acequias, conducciones de agua y, al parecer, los habitantes eran expertos en envigar, es decir, en poner las vigas. De allí, según algunos, el nombre tan peculiar del poblado, Envigado. Lisandro siempre tuvo una relación muy especial con las maderas, sabía distinguir en el monte cuáles eran los árboles más adecuados para usarlos en las construcciones de techos y paredes y cuáles eran susceptibles de tallarse para lucir en las ventanas y en las puertas. Ese fue su oficio, el de carpintero y constructor de puentes y caminos. La búsqueda de maderas exóticas lo llevó hasta el occidente antioqueño y es imposible no advertir esa relación simbiótica entre el quehacer de su pueblo y lo que él haría en su vida adulta.

Envigado, como todos los pueblos antioqueños de la época del general Pedro Justo Berrío, tenía una escuela de primeras letras. “Escuelas y vías”, en esas dos palabras podría resumirse el programa político de su gobierno autoritario y cuasi dictatorial de casi catorce años. La de Envigado era más antigua, había sido fundada una década antes bajo la modalidad lancasteriana, aquella cuyos lemas eran: “La letra con sangre entra” y “La labor con dolor”, que permitían educar al mismo tiempo a muchos alumnos con la ayuda de monitores o estudiantes avanzados. Lancaster, pedagogo inglés, había diseñado este modelo para aplicarlo en la India. Bolívar lo conoció en Europa y lo trajo a Venezuela para que se pusiese en práctica su modelo en la Gran Colombia; al parecer, no rindió los beneficios esperados y fue desmontado lentamente volviendo a la forma tradicional de enseñar. Cuando Lisandro estaba en edad de aprender las primeras letras, ya Lancaster era un recuerdo histórico, pero no así su lema, eso de “La letra con sangre entra” siguió dominando la mentalidad de los maestros por muchos años: a veces, estos establecimientos escolares fueron verdaderas cárceles de tortura y es de presumir que los niños aprendiesen poco y, sobre todo, que terminaran odiando el saber y el conocimiento.



“De alguna manera, supe que yo pertenecía a esa estirpe rebelde, que mis raíces pasaban por esa tumba sin cruz y sin nombre, perdida en la montaña, y que esa tierra en los márgenes de la cultura tradicional que, hasta entonces conocía, guardaba para mí muchos secretos y un saber excepcional que estaba destinada a develar”.



## El dolor de la humanidad

“¿Qué es eso comparado con el dolor de la humanidad?”. Así nos decía mi papá cuando nos quejábamos por alguna cosa y, realmente, las pequeñas incomodidades y malestares se volvían insignificantes ante tan rotunda sentencia. Pero no se trataba solo de palabras dichas al azar para calmar nuestras desazones, era casi un proyecto de vida, un modelo pedagógico para enseñarnos a vivir en el mundo que nos tocó. Para mostrarme a mí una pequeña parcela de ese dolor, me llevaba todos los domingos, como si fuera un rito, al hospital de caridad que él regentó por muchos años. A mi mamá no le hacía mucha gracia; temía que me contagiara con esas enfermedades horribles y que me perdiera la misa por estar en un sitio como ese. Para mi papá, liberal y

masón, condenado al infierno si no se convertía, según decían mis tías, era más importante que yo saliera, al menos por un rato, de esa burbuja protectora y artificial en la que vivía y viera por una pequeña ventana la realidad del dolor y del sufrimiento de los desheredados de la tierra, otra de sus expresiones favoritas.

Finalmente, mis padres llegaron a un acuerdo: yo iría a misa de nueve con mi mamá a rezar por su conversión y mi papá me esperaría en el atrio a la salida del rito religioso para ir a pasar ronda con él en la sala de mujeres del hospital de caridad. Cuando lo veía recorrer las camas de las enfermas, con ese amor, esa entrega y esa manera sabia de curar y de consolar, pensaba que una persona como él no podía estar destinada a quemarse en el infierno porque, si eso fuese así, todos iríamos a parar al mismo sitio, por más que rezáramos y asistiéramos a misa. Allí empecé a dudar de las verdades religiosas y a pensar que algo debía estar muy equivocado. Así se lo dije una vez a mis tías que se escandalizaron con mis palabras y, de ahí en adelante, me incluyeron también en sus rezos.

La sala de mujeres del Hospital San Jorge era un espacio blanco, con un Cristo al fondo y unas paredes desnudas y despacibles.

Vi muchas veces mujeres demacradas, sudorosas, con mirada perdida, que solo sonreían cuando lo veían a él, unas con heridas y contusiones, víctimas de esa violencia doméstica tan arraigada en nuestra cultura, otras padecían de paludismo y de fiebre amarilla, muy frecuente en las zonas cafeteras de los alrededores. Estaban también las que sufrían hemorragias por abortos mal hechos que, además del sufrimiento, sentían el repudio de las monjas que las cuidaban. Había algunas con cáncer que, quizá, vivían sus últimos días. Pero caso aparte eran las sifilíticas, llenas de chancros y de llagas, que gemían escondidas debajo de las sábanas para que nadie les viese el rostro. Ellas y las tuberculosas estaban en pabellones separados que yo solo podía mirar desde afuera.

Quando regresábamos de camino a la casa, mi papá se quejaba de la pobreza y del abandono del Estado que, según él, estaban en la raíz de muchas de las enfermedades. Hablaba de la falta de presupuesto del hospital, de la ausencia de políticas de prevención, del agua contaminada con la pulpa de café y de la leche cruda que mataba a muchos niños. Me daba toda una cátedra de salud pública y yo, además del dolor de la humanidad, podía ver, de cuerpo entero, la silueta de la injusticia social.



“Cuando llegué a la Universidad de Antioquia como profesora de Sociología, en el año 1973, supe que ese era mi lugar, que solo la universidad pública me permitiría encontrar el sentido de mi vida y el de la sociedad que me tocó vivir. Solo espero que los estudiantes que pasaron por mis aulas, los que me escucharon en las conferencias o leyeron mis textos, hubiesen encontrado claves para seguir buscando y alicientes para continuar este camino incierto de la investigación política”.



## Violencia y desplazamiento

Recuerdo como si fuera hoy el nueve de abril del año cuarenta y ocho. Yo estaba en el colegio, un caserón viejo, de tapias y bahareque. Recibía clase de Historia, y, mientras tres carabelas surcaban un mar desconocido y lleno de peligros, empezaron a escucharse en la calle gritos destemplados y gente que corría. Al principio no se lograba entender lo que decían, solo se percibían en esas voces rabia, dolor y frustración. Cuando estuvieron más cerca pudimos entender sus consignas: “Mataron a Gaitán” y “Todos a la plaza de Bolívar”. Sin que nos diéramos cuenta, la Historia salía del aula de clase y empezaba a circular en la calle. Por precaución, las maestras nos llevaron al patio trasero del caserón porque empezaban a oírse algunos disparos y

la algarabía de la calle aumentaba cada minuto. Allí fue a recogerme mi papá, con otros familiares de mis compañeras, y al ver sus caras supe que algo muy grave estaba pasando.

No me dijo nada, me levantó en sus brazos y me acomodó sobre su cintura como si fuera un paquete y, con la mano que le quedaba libre, puso su saco sobre mi cabeza. Así recorrimos las escasas cuadras que nos separaban de la casa. Cuando llegamos, hubo algún alivio, aunque las noticias eran cada vez más alarmantes. La radio estuvo encendida toda la tarde y la noche, pero los peores rumores circulaban por esos canales informales que nadie sabe de dónde venían y qué veracidad podían tener. En Pereira las cosas no fueron tan graves como en Bogotá y en otras ciudades del país, pero supimos que esa tempestad que se avecinaba, y de la cual habíamos sentido los primeros vientos la noche del entierro del abuelo, por fin había llegado para quedarse. El miedo se instaló en el cuerpo, en la casa y en todos los lugares de la ciudad.

Los meses siguientes fueron de una angustia permanente; se sabía de crímenes atroces que erizaban la piel; algunos muertos

empezaban a bajar de las montañas, cargados en mulas que dejaban expuestos los cadáveres a las miradas morbosas de las gentes. El cobro por los desmanes del nueve de abril se centró en las poblaciones y en las veredas liberales; los “nueveabrileños”, les decían como forma de justificar aquello que no tenía justificación, pues no se trataba solo de eliminar al enemigo, como en las guerras de odio, sino en hacerlo con la mayor sevicia, humillación y dolor que fuese imaginable. Vivíamos en peligro y lo sabíamos; cada día era una especie de milagro; la sangre, la muerte y la impotencia parecían ser los compañeros cotidianos, y empezamos a sentir terror de lo que pudiese sucederle a mi papá. Él y sus compañeros de directorio habían recibido algunos panfletos amenazantes. Les decían que los iban a colgar de los árboles de mango de la plaza y cuando se demoraba en llegar, o debía salir a ver a un enfermo a media noche, nos quedábamos paralizados por el pánico y escuchando la salmodia de avemarías que recitaba mi mamá sin mucha convicción.

Al mismo tiempo que los muertos, empezaron a llegar a la ciudad los campesinos desplazados por la violencia. Refugiados, se les decía. Llegaban con sus hijos, con sus animales domésticos,

gallinas y algún cerdo, con el terror pintado en sus rostros y unas miradas que revelaban todo el horror que les había tocado ver. Se situaban en las calles del centro para pedir alguna ayuda y, además de su tragedia, tenían que soportar las miradas recelosas de los habitantes del pueblo que los rechazaban y les temían porque de alguna manera eran la representación de un drama que no estaban dispuestos a conocer. En el casco urbano de Pereira no se presentaron mayores actos de violencia. Se rumoró durante muchos años sobre la existencia de un pacto entre las élites liberales y conservadoras para preservar la ciudad de los estragos del conflicto; el pueblo era como una isla en un mar de violencia, quizá por eso quienes huían para salvar sus vidas tenían como destino la actual capital de Risaralda.

Frente a ese desastre humanitario, que crecía como la espuma, mi papá y otros liberales de la población consiguieron una casa enorme y desvencijada, a la que pintaron en sus puertas y ventanas de rojo bermellón, para albergar los refugiados, darles algún alimento y prestarles mínimos servicios de salud. Allí íbamos mi mamá y yo todos los días a repartir una sopa gris y poco apetitosa que se elaboraba con las donaciones de algunos



“[...] cuando realizaba una investigación sobre el desplazamiento forzado en Antioquia, correlato de la violencia actual, soñé una noche que estaba parada frente a esa casa enorme y desvencijada, tocando de manera desesperada con mis nudillos en su puerta; cuando esta se abrió, apareció mi padre y, con una sonrisa amarga, me dijo: “María Teresa, no te metas aquí, es muy peligroso para ti”. Al despertar, entendí que el desplazamiento forzado es una realidad permanente en la historia nacional y que seguirá sucediendo hasta que seamos capaces de develar la verdad sobre esta gran vergüenza colombiana”.



y las más de las veces acompañaba a mi papá a ver a los niños enfermos de miedo y a curar algunos heridos que temían ir al hospital porque desconfiaban de las autoridades, sobre todo de la policía a la que identificaban con sus perseguidores. Otros heridos preferían buscar a mi papá a media noche para que les cerrara esas terribles heridas de machete que habían destrozado sus rostros y sus miembros. Pasamos muchas tardes en la casa roja, así la llamaban, para desesperación de mi abuela materna quien vivía al frente y nunca entendió qué hacíamos allá mi mamá y yo, mezclándonos con esa gente que, si era perseguida “por algo sería”. “El que nada debe, nada teme”, nos decía.

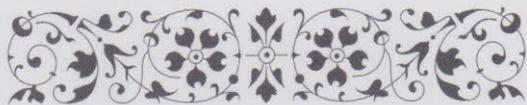
Los refugiados llegaban de todas partes: del Norte del Valle, del Sur del Tolima y, sobre todo, de los pueblos del Quindío y del Occidente de Caldas. La casa roja se convirtió en una suerte de referente regional donde llegaban los refugiados a encontrar un cobijo temporal mientras conseguían algo permanente. Hombres, mujeres y niños aterrorizados, adoloridos y sufrientes, nos contaban sus historias macabras que a veces parecían sacadas de una novela de terror. Yo los escuchaba sin hablar y me preguntaba por qué pasaba esto sin que a nadie

pareciera importarle, por qué razón la vida de algunos parecía seguir su curso mientras otros se precipitaban en el abismo, preguntas sin respuesta que todavía me sigo haciendo y que han marcado mi hacer académico por muchos años.

La casa roja quedó sepultada entre los recuerdos de la infancia; por muchos años no volví a pensar en ella, pero debió quedar grabada en lo más profundo de mi subconsciente, pues cuando realizaba una investigación sobre el desplazamiento forzado en Antioquia, correlato de la violencia actual, soñé una noche que estaba parada frente a esa casa enorme y desvencijada, tocando de manera desesperada con mis nudillos en su puerta; cuando esta se abrió, apareció mi padre y, con una sonrisa amarga, me dijo: “María Teresa, no te metas aquí, es muy peligroso para ti”. Al despertar, entendí que el desplazamiento forzado es una realidad permanente en la historia nacional y que seguirá sucediendo hasta que seamos capaces de develar la verdad sobre esta gran vergüenza colombiana.



Marta Arce y Ulla Angel en Perito, con uno de sus primos  
en el Valle de Guadalupe





María Teresa Uribe Ángel en Pereira, con uno de sus primos,  
probablemente Guillermo Vallejo





Lisandro Uribe, abuelo de María Teresa





Adela Ruiz y Eduardo Uribe Ruiz, abuela y padre de María Teresa.  
Uramita, Antioquia



Eduardo Uribe Ruiz, padre de María Teresa, médico especializado en dermatología y enfermedades tropicales





María Teresa Uribe Ángel

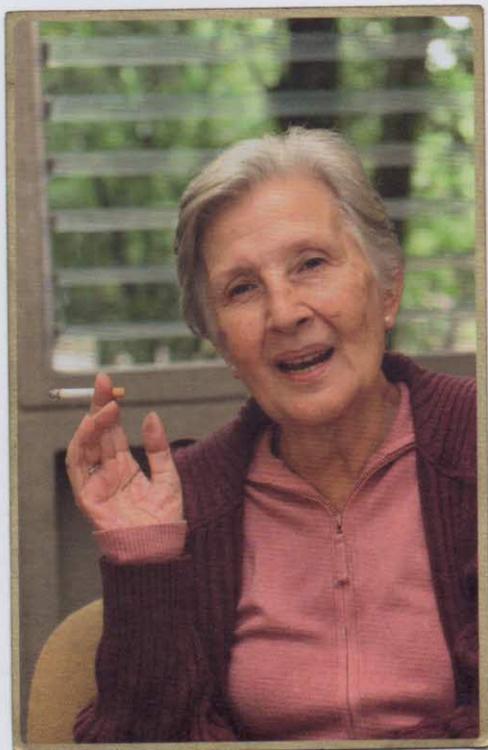




María Teresa Uribe Ángel







María Teresa Uribe de Hincapié

Foto: Jesús Abad Colorado





Se terminó de imprimir en Medellín  
en febrero de 2019

